

Ensayos en Honor de Bartolomé De Las Casas

Segundo Ensayo

Cómo distinguir entre un adulator y un amigo

Por Michael Pakaluk

Traducido por José Merediz

Nuestra tarea, como se dijo en el primer ensayo, es redescubrir en el presente la práctica de la amistad. Reconocemos que nos falta algo en tanto que pensamos o apreciamos muy poco el importante y muy humano fenómeno de la amistad. Así que buscamos una guía en los antiguos, no porque sean antiguos, sino porque, en contraste, ellos dieron valor a la amistad, casi por encima de cualquier otra cosa y escribieron sobre ella con sutileza y sabiduría. Queremos saber cómo la definieron ellos, cómo distinguían entre la verdadera y la falsa amistad y cómo pensaban ellos que se formaban y se conservaban los amigos. En esto, Aristóteles será nuestro principal guía por su famoso análisis de la amistad en su *Ética a Nicómaco* que representa lo mejor que los antiguos nos pueden ofrecer en este tema. Sin embargo, antes de comenzar a discutir la amistad, hay algo muy importante que tenemos que hacer: distinguir entre amistad y adulación.

Cualquier tarea humana implica distinguir entre lo verdadero y lo falso; similarmente, no podemos tener una cabal noción de la amistad, a menos que tengamos un concepto firme de la falsa amistad o adulación. En cualquier campo o disciplina, el verdadero experto puede distinguir entre lo real y lo que es meramente aparente. El joyero debe poder distinguir entre vidrios y diamantes. El banquero debe poder descubrir los billetes falsos y hacerlos a un lado. Si un médico no puede distinguir los casos verdaderos de una enfermedad de los que son superficialmente aparentes, su trabajo será inútil. No podemos ser buenos amigos, o adquirir buenos amigos, a menos que podamos descubrir al adulator.

En el verdadero sentido, un amigo es aquel que realmente sabe lo que es bueno para su amigo y, de una manera práctica, lo ayuda a adquirirlo. En contraste, un adulator no sabe, o simula no saber, lo que es bueno para alguien más; su interés simplemente es que su amigo esté contento y satisfecho. Sobre todo, su objetivo es llevarse bien con todos, para obtener los beneficios que él piensa que se derivan de

asociarse con ellos. Se da cuenta de que puede quedar bien haciéndonos sentir bien y, para lograr esto, dirá cualquier cosa que tenga que decir.

No pretendemos que un adulator tenga conciencia de que es un adulator. La mayoría de la gente no tiene conciencia de sus propios defectos y ser un adulator es un defecto. El adulator no tiene que ser ni manipulador ni calculador; ni siquiera tiene que deliberar concienzudamente acerca de cómo alcanzar el efecto que quiere. Más bien, podríamos esperar que, típicamente, la adulación sea su manera habitual de actuar. Es algo que hace con toda naturalidad.

Así pues, ¿cómo deberíamos separar a un amigo de un adulator? Sobre todo, el amigo procura que estemos bien, en tanto que el adulator trata de que nos sintamos bien. El amigo nos dice la verdad sobre nosotros mismos, aunque sea dolorosa, en tanto que el adulator distorsiona la verdad para ajustarla a lo que queremos oír. El amigo toma la bondad como la regla y nos previene cuando nos desviamos de ella, pero el adulator toma nuestros deseos como la regla y cambiará su concepto de bondad para igualarlos. El amigo quiere estar de acuerdo con nosotros porque nuestra opinión es correcta y el adulator porque considera correcta nuestra opinión, cualquiera que ésta sea. El amigo piensa que es bueno que nos castigemos por fallas y pecados; el adulator no admitirá que hemos hecho algo malo, a menos que insistamos en ello y, en tal caso, estará de acuerdo en que hicimos algo malo, pero no porque lo crea, sino solamente porque nos sentimos mal acerca de ello.

Generalmente un amigo es devoto en primer lugar de la verdad y, de acuerdo con eso, deja que una amistad prospere o fracase. Es fácil de querer precisamente porque no cree que "ser querido" sea lo más importante. Sigue la máxima de Emerson de que la cuestión definitiva de una amistad es: "¿Ves la misma verdad?". Al contrario de un adulator que utiliza apariencias y meras opiniones. Para él la verdad es irrelevante, o quizá hasta un obstáculo. La pregunta determinante para él es: "¿Qué quieres que piense que es verdadero?".

Los antiguos aborrecían a los adultores por tres razones. En primer lugar un adulator es esencialmente engañoso: parece que es bueno con uno, pero no lo es. Y por esta razón, en segundo lugar, es peligroso: toma un lugar que debiera ser ocupado por alguien que realmente se preocupa por uno. Resulta ser la persona equivocada, en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Nos adormece con un falso sentido de confianza que nos hace bajar la guardia. En tercer lugar, un adulator es servil y parásito, una persona derivativa. Carece de sus propios principios y simplemente responde a los deseos de los demás;

se vuelve una especie de sirviente de las ilusiones y caprichos de aquellos a quienes quiere agradar.

Llamemos, pues, a éstas las tres características del adulator: engañoso, peligroso y derivativo.

Actualmente, alguien que se encuentre con esta distinción entre un adulator y un amigo podría, razonablemente, presentar una objeción. "Esta noción de adulator", podría decir esa persona, "no se puede aplicar en nuestros días. Sí, algunos tipos raros podrían entrar en esa descripción, pero generalmente casi todos tratan de ser sinceros con los demás. No hay duda de que existe la 'adulación' –y todos caemos en ella ocasionalmente- pero es relativamente rara y fácil de identificar. Por otro lado, no hay muchas personas que basan su identidad y su carácter en la práctica de adular a los demás. Quizá los jóvenes necesitan ser cuidadosos para no halagar o adular a sus amigos, pero no las personas maduras."

Hay algo de cierto en esta objeción. Es verdad que hay pocos tipos de personalidad que deban ser separados y evitados como adultores obvios. Pero la adulación toma formas engañosas y probablemente es más común que lo que la objeción sugiere. De hecho podemos distinguir cuatro tipos de adulator: el Camaleón, el Tolerante, el Validador y el Patinador.

El Camaleón, tal como el lagarto que lleva ese nombre, cambia su apariencia para confundirse con el entorno. Entre los liberales, es un liberal; con los conservadores, emite opiniones conservadoras. Si es una persona religiosa, no permite que tal hecho aparezca en su trato con no creyentes. Con frecuencia, en un solo día, puede cambiar radicalmente lo que dice, sin que lo moleste la apariencia de contradicción. Es muy difícil llegar a conocerlo y casi imposible hacer migas con él, porque no se puede determinar qué es lo que verdaderamente piensa. Por su debilidad y falta de confianza en sí mismo, su primer impulso es estar de acuerdo con todo. Por lo tanto, si uno pone en duda que alguna de sus declaraciones realmente refleja su opinión, él mismo dudará y estará de acuerdo en que tal vez no sea así.

El Camaleón es también engañoso porque, de hecho, tiene opiniones muy fuertes que, al surgir en su interior, adquieren a veces una fuerza irracional, pues nunca las expone ni las pone a prueba en confrontación con los demás. Por lo tanto, el Camaleón es un tipo pasivo-agresivo, que está de acuerdo con uno superficialmente, pero que, en el fondo, es hostil hacia muchos de los que piensan que están en buenos términos

con él. Su hostilidad oculta lo predispone a traicionar y socavar precisamente a aquellos con los que acaba de coincidir. De hecho, se encuentra resentido hacia los demás por sus opiniones, porque no puede evitar estar de acuerdo con ellos en contra de su propio juicio. Los pensadores de la antigüedad habrían tomado a tal tipo como adulator, pues claramente cumple con las tres características: sus verdaderas opiniones están engañosamente escondidas, pero acechan peligrosamente por debajo de la superficie y simplemente se derivan del entorno.

El Tolerante pone a la tolerancia como su principio máximo: su objetivo es tolerar a todos excepto, claro está, al intolerante. Pero "el intolerante" viene a ser aquel que piensa que algunas cosas son objetivamente correctas y otras son objetivamente incorrectas. Esa clase de persona rechazará y desechará, por supuesto "intolerantemente", lo que considera incorrecto. Así que, a pesar de que el Tolerante se ve a sí mismo como conforme con todo, en realidad divide al mundo en dos campos y él solamente se lleva bien con los que están en su campo –la gente que, como él, no insistirá en bienes y males objetivos. Éstas son precisamente las personas incapaces de ser buenos amigos (pues no pueden ni conocer ni buscar lo realmente bueno de los demás). El Tolerante, curiosamente, se ve atrapado en una contradicción: trata de ser amistoso con aquellos que no pueden ser amigos verdaderos.

El Tolerante utiliza un principio que originalmente existe para ser observado en contextos políticos limitados –la tolerancia entre las personas con diferentes conceptos sobre la religión revelada- y trata de erigirlo como una regla general para las relaciones humanas. Lo hace así porque quiere estar en buenos términos con todos (y se pregunta por qué algunos son tan obtusos que no hacen lo mismo). Pero el objetivo de quedar bien con todos –automáticamente, sin que se produzca un cambio fundamental en nadie y sin que se aparten como erróneas las opiniones y compromisos de nadie- es en sí una postura de adulación. Su esperanza vana es agrandar a todos todo el tiempo. El Tolerante es, por lo tanto, engañoso porque no puede sostener la imparcialidad que él dice adoptar; es también peligroso porque su intolerancia hacia quienes tienen principios verdaderos no está limitada por ningún principio y es derivativo porque, al final, no sostiene nada. Podemos resumir lo que es el Tolerante diciendo que aspira, fuera de toda posibilidad, a adular a todos los otros adultores como él.

El Validador es la tercera especie del adulator moderno. Mientras que el Tolerante toma un principio político y trata de hacerlo universal, el

Validador toma una manera privada de actuar y la convierte en el patrón de todas las relaciones. Ante todo, él es un sostenedor, como la madre que afirma y consuela los sentimientos heridos de su hijo. Él piensa que hace el bien a otros precisamente al sostener cualquier cosa que ellos digan. Su amistad es como el tibio y efusivo abrazo de mamita –sin preguntas, sin acusaciones, sin juicios. Para él, la Peor Ofensa es ser ‘inquisitivo’ hacia otro; es decir, pensar mal de algo que ese otro haya dicho o hecho. Naturalmente, en muchas ocasiones la gente hará o dirá cosas con las que el Validador no habría estado de acuerdo por adelantado. En tal caso el Validador, o cambiará lo que piensa, como el Camaleón, o se abrazará al relativismo, como el Tolerante. “Yo valido lo que dices. Es cierto para ti, como la opinión contraria es cierta para mí.” El Validador, por consiguiente, con toda claridad lleva las marcas del adulator.

Pero quizá el adulator más común de nuestro tiempo sea el Patinador. Hasta en el mundo antiguo se reconocía que algunos de los adultores más efectivos funcionaban sutilmente cambiando el tema. ¿A su ‘amigo’ se le iba a ocurrir un pensamiento desagradable? Entonces vuelve su mente hacia algo positivo. ¿Acaso él se queda con algo humillante que le dijo un enemigo el otro día? Entonces hay que hablarle sobre sus rasgos buenos y las cosas buenas que la gente ha dicho de él recientemente.

El Patinador actual es mucho más que eso. Con cuidado evita temas importantes o ‘pesados’ puesto que ellos acarrearán desacuerdo, o auto-recriminación, o juicios. Particularmente, él desea evitar cualquier insinuación de que la persona con la que habla ha hecho algo malo. En consecuencia, su gran contribución a la amistad, como él la concibe, es cambiar siempre la conversación hacia algo más ligero: las compras en lugar de la justicia; el cine en lugar de la moral; el mantenimiento del auto en lugar del mantenimiento del alma; los equipos deportivos en lugar de los asuntos familiares. Si todos salen de una reunión familiar con barrigas llenas, habiendo hablado solamente de las más fatuas trivialidades, entonces él piensa que se logró lo mejor en la asociación humana. Podrá comer o tomar café con nosotros todos los días durante diez años y jamás querrá profundizar en nada.

El Patinador es un adulator clásico, porque se preocupa de que uno se sienta bien, no de que uno sea bueno. Su engaño es como el de una vida repleta de distracciones; su peligro consiste en apartar a la gente de la auto reflexión seria; es derivativo porque es, esencialmente, una criatura de los medios. De hecho, los medios no ejercerían ninguna influencia mala en la sociedad si no hubiera Patinadores, cuya función es meter a los medios en las conversaciones privadas.

Así, pues, vemos que, lejos de ser inusual, el adulator quizá representa el patrón de la asociación en la sociedad moderna. Pero ¡ay! generalmente nos contentamos con la apariencia de amistad, más que con la amistad misma. Así que, si queremos revivir la práctica de la amistad, lo primero que debemos hacer es reconocer que vivimos enmarañados en una red de adulación. Como dijo Sócrates, el primer paso para adquirir conocimiento es saber que no sabemos. El primer paso para adquirir amigos, según parece, es reconocer que, quizá, no tenemos amigos. Y esto lo podremos reconocer cuando aprendamos a distinguir entre un adulator y un amigo.

Este es el segundo de cuatro ensayos...

Favor de hacer clic aquí para leer el: [Primer Ensayo](#); [Tercer Ensayo](#);

[Cuarto Ensayo](#)

[Suscríbese a los Ensayos y Noticias de la Fundación](#)

Bibliografía:

Lewis, C.S., *The Four Loves*, (New York: Harcourt, Brace) 1960.

Pakaluk, Michael, *Other Selves: Philosophers on Friendship*, (Indianapolis: Hackett) 1991.

Pakaluk, Michael, Aristotle, *Nicomachean Ethics VIII and IX*, translation with commentary, (Oxford: Clarendon) 1998.

Biografía:

Estos cuatro ensayos fueron requeridos por la *North American Educational Initiatives Foundation, Inc.* y fueron escritos por el Dr. Michael Pakaluk, profesor asociado de filosofía en la Universidad Clark, quien obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Harvard. El Dr. Pakaluk es un escritor prolífico en varios temas, tales como: filosofía antigua, filosofía moral, filosofía de la lógica, filosofía política, e historia de la filosofía; es también el autor de dos libros: "El otro yo: Filósofos en la Amistad" (Hackett, 1991) y "La Ética a Nicómaco de Aristóteles, Libros XIII y IX" (Oxford, 1998), que han contribuido al resurgimiento del estudio filosófico acerca de la amistad. Actualmente trabaja en una introducción a la "Ética" de Aristóteles (para la Cambridge University Press) y un comentario sobre el "Fedón" de Platón. El Dr. Pakaluk es miembro fundador del *American Public Philosophy Institute (APPI)* y director del *Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy (BACAP)*. Padre de diez hijos, el Doctor fue en Erudito Visitante en Filosofía en la Universidad de Harvard en los años 2002 y 2003.

Subscríbese a los Ensayos y Noticias de la Fundación